

Vigésimo Cuarto Domingo del Tiempo Ordinario A2020

Permítanme comenzar esta homilía con la Segunda lectura del día, la carta de San Pablo a los Romanos. Pero, antes de hacerlo, creo que un ejemplo de vida puede ayudarnos a entenderla mejor. Un hombre o una mujer casados no pueden comportarse de la misma manera que antes del matrimonio. El matrimonio ha traído un cambio en su vida. Se pertenecen el uno al otro. Nunca viven para sí mismo.

San Pablo dice algo similar en la 2ª lectura de hoy. Los cristianos no son sus propios amos; pertenecen a Cristo. No viven para sí mismos, sino para el Señor. Como Cristo murió y resucitó por nosotros, tanto en la vida como en la muerte, los cristianos son simplemente personas que pertenecen a Jesús.

La consecuencia que se puede extraer de tal razonamiento es muy simple. Si es cierto que, como cristianos, pertenecemos a Jesús, significa que en nuestras relaciones entre nosotros, no podemos ser simplemente guiados por criterios humanos. Tenemos que actuar según el ejemplo de Jesús, que entregó su vida en la cruz por nosotros.

En otras palabras, por su vida y muerte en la cruz, Jesús nos ha traído el perdón de los pecados y la reconciliación con su Padre y entre nosotros. Ha muerto por nosotros para que la abundante misericordia de su Padre viniera sobre nosotros. Además, fue cuando estábamos en un estado de pecado que Dios se acercó a nosotros a través de su hijo Jesús y nos ofreció su perdón.

Porque Dios nos ha perdonado, nosotros también tenemos que perdonarnos unos a otros. Este es el mensaje que Jesús nos trae en el Evangelio de hoy. Para Jesús, nuestro perdón debe ser ilimitado. Esto es lo que Jesús quiere decir a Pedro cuando le invita a perdonar no siete veces, sino setenta y siete veces.

En otras palabras, Jesús no quiere que nos detengamos y calculemos la cantidad de daño o heridas que nos han infligido. Como su Padre es un Dios de infinita misericordia, el ser humano debe imitarlo. Al pedirle a Pedro que perdona setenta y siete veces, Jesús quiere mostrarnos la inmensa distancia entre el corazón de su Padre que perdona indefinidamente y el corazón humano que quiere siempre calcular los golpes recibidos en la vida.

Para Jesús, no hay pecado que su Padre no perdona; ninguna culpa será mayor que su amor. Su bondad inagotable contrasta con la mezquindad del corazón humano que es incapaz de perdonar hasta las más pequeñas ofensas. Esto es lo que nos enseña la parábola en el ejemplo de los dos deudores. Como cristianos, hijos de Dios, debemos perdonar las ofensas con un corazón similar al de nuestro Padre que está en los cielos; debemos mostrar un amor sin límites. Recordemos la oración de nuestro Padre:

“Perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Estas son algunas de las palabras más sanadoras de las Escrituras. Mire lo que hemos recibido del Señor, desde el bien de nuestras familias y nuestros hijos hasta el don espiritual de vivir eternamente en el amor de Dios. El daño recibido de los demás es menor en comparación con los dones que Dios nos ha dado. No podemos permitir que este daño destruya nuestra capacidad de recibir el regalo de Dios. Esto es lo que hizo el siervo despiadado.

De hecho, el despiadado sirviente arruinó una oportunidad de oro. Podría haberse convertido en una persona amable y gentil, reflejando una pequeña porción del perdón que ha recibido. En cambio, se aferró a su pasado, su enojo por el dinero aún sin pagar y su negativa a perdonar lo destruyó.

Pero, ¿qué significa el perdón de Dios? Perdonar no significa dejar las cosas como están. Dios no está encubriendo todo el mal hecho por los seres humanos, no cierra ningún ojo y finge no ver. Dios manifiesta su misericordia cuando transforma a las personas y las conduce a la conversión, cuando las cambia y las convierte de individuos egoístas en personas verdaderamente amorosas.

El perdón no implica que una falta o un pecado no importe. Tampoco significa que se olvide la ofensa, porque a menudo esto es imposible. Más bien, significa elegir libremente pasar por alto una ofensa porque uno es libre de hacerlo, habiéndose amado y perdonado a sí mismo.

También para nosotros, perdonar debe significar abrir el corazón para acoger a nuestros hermanos y hermanas a pesar del daño, para poner las condiciones para que puedan empezar a reconstruir su vida. Significa también buscar todas las formas posibles de establecer la paz. Nunca debemos cortar todos los vínculos y ni siquiera podemos esperar que el primer acercamiento a la reconciliación provenga de alguien que ha ofendido. Incluso si parece estúpido a los ojos humanos, debemos ser nosotros los que demos el primer paso hacia nuestros hermanos y hermanas.

Pero, ¿por qué es tan importante el perdón? Según la primera lectura, cuando damos rienda suelta a nuestros instintos vengativos de represalia, a nuestra rabia y rencores, no nos hace justicia, simplemente empeoramos las cosas. Es necesario ir más allá de la simple justicia, y hay que abrir el corazón al sentimiento de misericordia. El perdón de una ofensa que se nos ha hecho es condición indispensable para orar y obtener el perdón de Dios: Si alguien que es carne ama la ira, ¿quién perdonará sus pecados?

Segundo. El perdón es cuestión de vida o muerte, de paz o de amargura. Las palabras de Eclesiástico son tan claras: "el rencor y la ira son cosas odiosas". La persona que no perdona se consume a sí misma por la ira y la cólera son cosas abominables. No perdonar trae mucho dolor y decenas de reacciones inhumanas. No perdonar es como no respirar; es antinatural e inhumano. El perdón hacia los demás nos permite tener el control de nosotros mismos, así como la incapacidad de perdonar nos entrega a una amarga esclavitud de rencor, ira y desconfianza.

Otro motivo para perdonar es nuestra precaria condición como seres humanos. "Recuerda tus últimos días; Recuerda la muerte y la decadencia ". Esta declaración nos plantea la pregunta sin rodeos: ¿queremos morir con recuerdos amargos y odiosos o queremos ser liberados?

Permítanme concluir ahora. Lastimamos a otros y otros nos lastiman a nosotros. ¿Qué haremos? La única solución es el perdón. Qué maravillosa sería la vida si más personas pudieran decir: lo siento. Una maravillosa sensación de paz se apodera de nosotros cuando perdonamos. El perdón drena el veneno, cura la herida, nos trae paz.

El perdón crea nuevos corazones y mentes. ¿Cómo no aprovechar esta oportunidad para hacer la paz contigo mismo y con las personas que te rodean? Hoy oramos por la gracia de tratar a los demás como nos ha tratado el Señor. Oramos por la capacidad de perdonar y seguir adelante con la vida, así como agradecemos al Señor por las innumerables veces que nos ha perdonado y ha seguido adelante compartiendo su vida. ¡Dios los bendiga a todos!

Ezequiel 33: 7-9; Romanos 13: 8-10; Mateo 18: 15-20



Fecha de la Homilía: el 13 de Septiembre, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200913homilia.pdf